

INDRO MONTANELLI

un periodista en el Far West

MANUEL CAMPO VIDAL

EL portero de la finca —vía Gaetano Negri, 4— insiste. Quiere saber la identidad y el objeto de la visita de cualquiera que cruza el umbral de la puerta. Indica el piso exacto y discretamente, mientras se cierran las puertas del ascensor, avisa por el teléfono interior de la presencia del recién llegado. Confirmada la existencia de la cita durante el viaje de segundos, el ambiente a la salida del ascensor es completamente distendido, como el de cualquier oficina. Al fondo del pasillo está el despacho del director. "Bon giorno, Montanelli", se presenta innecesariamente el periodista, el historiador. Una manifestación de estudiantes ha cruzado algunas calles más abajo protestando contra el terrorismo que acabó con la vida del profesor Vitorio Bachelet. Montanelli tiene que hacer un esfuerzo para recordar la fecha en que las Brigadas Rojas le dispararon a las piernas y quedó tendido en el suelo. Fue quizá en junio del 77. Aquello está olvidado. Pero era lógico hasta cierto punto que pudiera suceder: nosotros creamos "Il Giornale" para denunciar el terrorismo de izquierdas.

—¿Qué relación existe en Italia entre la situación política y los medios de comunicación? ¿Por qué era necesario un diario creado especialmente para denunciar el terrorismo de izquierdas?

—La prensa tiene una grave responsabilidad en la situación actual del orden público, porque durante años ha negado la existencia de un terrorismo de izquierda, sosteniendo la tesis visiblemente absurda de que el terrorismo venía sólo de la derecha. Nosotros hemos mantenido siempre la tesis de la existencia de dos terrorismos: uno de derecha poco peligroso y, en cambio, un terrorismo de izquierda mucho más aguerido. Hemos sido llamados fascistas y de todo, pero se ha demostrado que teníamos razón. Todas las investigaciones de la Policía iban hacia la derecha y de ese modo ha podido prosperar el terrorismo de izquierda. Ahora ya no somos los fascistas, sino que tenemos razón. Pero ese reconocimiento llega demasiado tarde, ahora la Policía ha sido ya destruida al igual que los servicios secretos —el único instrumento eficaz para combatir el terrorismo—. Tenemos una Policía desorganizada, humillada, ofendida, malpagada y que entra sólo en acción cuando los golpes se han producido; nunca antes, porque no tiene información previa. Estos son, ya ve, los males que afligen al país.

—La prensa italiana, de todos modos, ¿se ve afectada en sus ventas y en su reestructuración por la crisis económica?

—Hay que estar atentos: la crisis económica en Italia no existe. Golpea a las gran-

des empresas, sobre todo a las del Estado, pero las empresas de tipo medio son muy vigorosas. Pueden salir adelante, como las pequeñas, siempre que no respeten las leyes que son absurdas e imposibles. En cuanto se cumple la ley, las industrias se hunden. Hay mucho trabajo negro y sepa que los trabajadores están de acuerdo con el empresario. Dése una vuelta por la Lombardia, por el Veneto, por la Toscana y verá un florecimiento de empresas que van bien. Saben vencer aquí la competencia extranjera y ven-



Indro Montanelli, periodista, historiador, un tiro de las Brigadas Rojas en la pierna por denunciar el terrorismo de izquierda.

den incluso al exterior. Ahora bien, todas son ilegales en algo. En realidad, las empresas que van mal son las del Estado confiadas a gentes que no son empresarios: son políticos o gregarios de los políticos. El IRI (Istituto per la Reconstruzione Italiana) tiene veinticuatro billones de débito en liras (...). Exacto, como la Montedison. ¡Ah!, y la misma Fiat, aunque empresa privada, por las dimensiones que tiene, debe observar rigurosamente las leyes, y lo tiene muy difícil. ¿Ha visto? Agnelli acaba de anunciar que, por primera vez en su historia, la Fiat cierra con pérdidas el ejercicio.

—Pero, ¿cómo puede afirmarse que no hay crisis económica en un país en que el nú-

mero de parados está cerca de los dos millones?

—Esté atento: un millón largo de parados, es cierto, están inscritos en las oficinas de desempleo para cobrar el subsidio, pero hacen trabajo negro. Se ocupan por su cuenta. Esas cifras de parados son impresionantes, pero usted no encuentra un lampista, un fontanero. ¿Cómo se explica eso? Creo que en España es por el estilo. Españoles e italianos tenemos la misma capacidad, pero los mismos defectos. Y frente a la ley, el mismo desprecio. Bien..., el italiano quizá es algo más industrioso y el español algo más orgulloso, pero por el estilo... En definitiva, lo que quiero decirle es que la Italia oficial, la que sale de las estadísticas y los documentos, no se parece en nada a la Italia verdadera: es otro país distinto.

Televisión para medir el subdesarrollo

Creado en 1974, "Il Giornale", que dirige Indro Montanelli, se sitúa ahora sobre los 260.000 ejemplares. ¿Quién los perdió? "La Stampa", de Turín, propiedad de los Agnelli, un poco; "Il Giorno", de Milán, desde luego. Quizá algo "Corriere della Sera" (actualmente 750.000 ejemplares diarios), otro poco "Corriere della Informazione" y "La Notte", ambos de tarde. Según Montanelli, todos los diarios de tarde están en crisis, porque sobre ellos repercutió especialmente el aumento general del precio de los periódicos. Para Aniello Coppola, director del "Paese Sera", existe otro motivo para la crisis particular de los diarios de tarde, y es que la tarde es más corta ahora que hace algunos años: por el miedo al terrorismo y a la delincuencia, la gente entra antes en su casa.

—Sí, si..., también puede influir, pero desgraciadamente la gente ya está acostumbrada al terrorismo y lo considera un hecho cotidiano ante el que hay que resignarse. El problema es el precio. Este es un diario que consigue sobrevivir desde luego gracias a que constituimos una cooperativa de periodistas y no observamos las reglas sindicales. Aquí no hacemos las seis horas de trabajo habituales, hacemos hasta doce o quince cuando es necesario. Aquí no hay huelgas, ni asambleas. Trabajamos, simplemente. Esto va contra la vigente ordenación sindical, pero en ella nosotros nos meamos.

—¿Y no se resiente ese cuerpo de lectores estable que tiene Italia —cinco millones y medio, creo— del exceso de oferta televisiva? Aquí, en Milán, puede el público sintonizar los tres canales oficiales, los dos franceses,



Il Giornale, que Montanelli dirige, se sitúa hoy sobre los 260.000 ejemplares.

al menos uno suizo que emite en italiano, el de Montecarlo, el yugoslavo y media docena de emisoras privadas, todo ello sin contar que la oferta radiofónica es tan abrumadora, que hasta la ingeniería militar está preocupada por la guerra de las ondas que se libra en el cielo de Milán...

—Esto, amigo mío, es el "Far West". Pero sepa que el exceso de oferta televisiva y radiofónica no afecta apenas a la venta de diarios. Nosotros mismos hacemos los informativos de la televisión de Montecarlo, de gran audiencia en Italia, y también los de Tele-Milano, una emisora privada que es de un socio nuestro, propietario del treinta y seis por ciento de las acciones de "Il Giornale". Metemos las grabaciones en un co-

che y en siete horas lo emiten por la televisión de Montecarlo, y si hay cosas de última hora, se cubre la información por teléfono. Ya ve... Creo que allí donde la oferta televisiva afecta a los diarios, como en la Italia del Sur o en España, es porque subsisten fenómenos de subdesarrollo.

La españolización de Italia

—¿Está de acuerdo en que, actualmente, los diarios italianos informan cada vez menos de España?

—Sí, lo que sucede es que el público italiano no siente los problemas de España

como una amenaza. Es un público sensible a las amenazas (Irán, Yugoslavia, Afganistán). Italia ha estado muy atenta a España después de la muerte de Franco, pero al desarrollarse con normalidad la entrada en la democracia —no está amenazada la integridad española, ni amenaza un régimen comunista—, España se ha convertido en un país que no interesa al lector italiano. Y rogado a Dios que siga sin interesarle. Por otra parte, también sucede que los italianos han perdido el gusto por la política internacional. El italiano, en definitiva, no es nada, sabe que no es nada y no quiere ser nada: es una reacción fisiológica al exceso de política exterior que hacía el fascismo. Durante veinte años, el italiano fue proyectado al exterior por el fascismo, pero la democracia lo encerró de nuevo en la península, con sus enormes problemas internos.

—Pero más allá de la inquietud, de la eventual amenaza que pudiera significar la incógnita de la muerte de Franco, parece que la relación normal entre dos países con tantas características e intereses comunes debería generar una atención algo superior de los medios informativos.

—Sí, pero le diré que la prensa italiana está dominada por la izquierda, y esa izquierda se ha desilusionado enormemente con España. Esta prensa creía que volvería Azaña, Largo Caballero y la República. Las cosas han ido de otro modo y se paga informativamente esa desilusión. Pero ustedes no deben confundir ese desinterés con el desprecio, ni siquiera con la indiferencia. Los italianos tienen un gran amor real hacia España, entre otras cosas porque Italia fue muy españolizada, hasta el punto que debería de hacerse una historia de las relaciones hispano-italianas. La Sicilia Occidental, la zona de Palermo, es española. El señor siciliano es un español con su locura de grandeza, con ese sentido del honor tan característico, tan distinto del de los napolitanos, que en el fondo son pequeños mercaderes griegos. Los sicilianos, no. Los sicilianos son hidalgos. Vaya allí y fíjese: no hay gentes pidiendo limosna, como en cualquier otra ciudad de Italia. Antes se muere de hambre que pedir. Y sin necesidad de ir a Sicilia, le aseguro que la influencia española es muy alta aquí mismo en Milán: en las casas de solera hay un cierto españolismo.

La conversación se va río abajo por el Congreso de la Democracia Cristiana ("Moro, en el mal, era un genio, mientras que éstos que quedan son simplemente el mal, sin el genio"), por la posibilidad de elecciones anticipadas ("Andreotti es habilísimo para captar de qué lado sopla el viento") y se detendrá poco después regulada por el implacable reloj. Todavía algunos minutos después, en un encuentro casual en otra estancia de la casa, colea el discurso sobre las afinidades y las pequeñas diferencias entre italianos y españoles. Sin mediar ninguna otra palabra más, ante la estupefacción del resto de personas que allí se encuentran, Montanelli se gira y espeta: "¡Ah! Por lo menos vuestros curas creen en Dios, que los nuestros ni eso. Los nuestros creen en la Iglesia". Y desaparece por el pasillo. ■